

# LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 23 DE ENERO DE 1896

NÚM. 270

15 CÉNTIMOS



La gloria.



Yo soy el primero en sentir que estas crónicas parezcan algo monótonas al lector, pero dígame éste si á donde quiera que vuelve su atención tropieza con cosa que no sea la guerra ó no tenga con la guerra relación directa.

Parece que en el mundo no pasa nada que no sea eso; las planas de los periódicos leídos, vienen llenas de telegramas de la isla que dicen todos hoy lo que dijeron todos los de ayer, para que la lógica del público se haga este razonamiento que parece no tener miga alguna: La partida tal, disuelta y castigada en tal parte, huye y aparece al día siguiente atacando en otro sitio.

No recuerdo que en tiempo alguno, ni aun en aquellos de la revolución, haya estado tan densa, triste y pesada la atmósfera de la opinión, como en la noche del jueves al viernes, ni que en ocasión parecida se haya inventado tanta y tan gorda mentira por gentes á quienes place, por lo visto, que la patria se hunda aunque con ella se vengan abajo los pesimistas. La mayor parte de ellos juraban como si hubieran presenciado el hecho, que Martínez Campos había muerto gloriosamente en un combate de que daban minuciosa cuenta, y los más modestos en invención, aseguraban bajo palabra que Máximo Gomez había entrado en la Habana y en Pinar del Rio, y no sé si en Guadalajara también.

La luz del sol disipó al siguiente día estas negruras, pero así como queda pesadez en el cerebro después de una noche febril, así ha quedado en el común sentir cierta pesadez y como presentimiento de malas nuevas.

El caso del soldado Verdú referido por los periódicos, nos pinta de cuerpo entero.

No recuerdo bien cuál fué la hazaña que siendo soldado realizó Verdú en Melilla, pero sí sé que por entonces fué justamente ensalzado por los periódicos, mencionado por el general y traído y llevado en clase de héroe.

Recibió su licencia absoluta y por voto unánime el derecho á la gratitud de la patria; parece que esta gratitud debe ser algo más que puramente platónica, porque ni Verdú por muy héroe que sea, ni nadie vive de ver su nombre escrito con elogio en una orden del día, pero eso que en España llamamos *las oficinas* y que son un poco parecidas en todas partes, no fueron de la misma opinión.

Verdú pidió que se le concediera no sé qué pensión á que cree tener derecho, y lleva ya dos años esperando á que *las oficinas* den su parecer y resuelvan. Pero lo verdaderamente cómico, sino fuera horrible, es que para que Verdú espere con paciencia el término de su expediente, se le ha dado una *colocación* haciéndole mozo *suplente* en un hospital y ¡sin sueldo!

Yo he hablado ayer con Verdú que fué á verme para pedirme que hablara de *su caso*, y me admiré de la filosófica resignación con que ha tomado el camino de su oscuro calvario, diciéndome que si conseguía la pensión, bueno, y si nó, qué iba á hacersele, más que tener paciencia.

Es un gran ejemplo este ejemplo de Verdú para los que como él en Melilla pelean ahora en Cuba, pero es sobre todo un admirable argumento en pró de nuestro soldado tan bravo, tan sufrido, tan resignado cuando como en este caso la patria le olvida ó poco menos.

Ahora mismo y casi todos los días sucede al soldado en Cuba caminar horas y horas en jornadas forzadas, topar con el enemigo y entrar en fuego, sin comer, todo ello sin murmurar, alegre y satisfecho, si después de batirse puede *regalarse* en la cantina de un pueblo con una copa de aguardiente.

Precisamente por esto, más que por la personalidad de Verdú, me parece disolvente el ejemplo que se ha dado con él. Es profunda-

mente desmoralizador que la madre reniegue así de sus hijos porque son modestos y callados.

Ya no tenemos *conflicto* del Real.

Ha aparecido un simpático señor que argumentado con billetes de Banco ha convencido al ministro de Fomento de que puede seguir la temporada respetando todo lo respetable, los abonos oficiales y los no oficiales, excepto los sueldos atrasados que pedían los músicos, que al fin han comprendido que solicitaban una *ganga* sin precedentes en la historia lírico-administrativa del teatro Real.

Ha vuelto, pues, la calma á los ánimos de las de A, las de B y las de C, que estaban las pobres aburridas y sin saber á dónde ir ni qué hacer.

Aunque parezca mentira y aunque nadie se haya acordado de ellos, no eran con la

clausura del Real los menos dignos de simpatía nuestros revisteros de salones, tristemente mudos desde que no podían dar cuenta de las *asistentas* á los turnos de moda, *pschuteux*, ó como las llamen ellos.

Buena falta les hacía, sin embargo, una temporada de descanso, que habrán podido dedicar á cambiar los adjetivos, porque de la marquesa de A conocíamos la espalda como el mapa de Cuba, de la condesa de B el *soberbio busto* como nuestras narices propias etcétera.

En lo que queda de temporada puede variarse un poco el repertorio, pero no debe llegarse al extremo al que hace tiempo llegó uno de estos revisteros en el calor del ditirambo, ensalzando en una crónica el *apetitoso seno* de una hermosa duquesa.

FEDERICO URRECHA.

## SEGUIDILLAS

Ayer por un suicida  
todos lloraron,  
hoy por un asesino  
no cesa el llanto;  
y de mi alma,  
que por amar fenece,  
nadie se apiada.

Dulces son tus miradas,  
dulce tu acento.  
Niña: ¿á ver si son dulces  
tambien tus besos?  
¿Rehuyes la prueba?  
Debe ser muy sabrosa  
cuando la niegas.

Desgraciado el que sufre  
males de amores  
y penando divisa  
lejos sus goces;  
que los momentos  
son, para el que así espera,  
siglos eternos.

Dicen que las mujeres  
son, en el mundo,  
de los hombres esclavas,  
blanco de abusos:  
dicho muy pobre,  
pues que de ellas juguetes  
somos los hombres.

J. FALVERDE S. JUAN.

## VISITAS DOMICILIARIAS

Como mi querido amigo Federico Urrecha anda de *callejeo* por este Madrid de mis pecados, yo tengo necesidad de penetrar en el hogar ageno, sin necesidad, por supuesto, de mandamiento judicial.

Mis visitas son amistosas, aunque á ellas guiado por el espíritu de observación.

La noche del 17 del actual la destiné á comer de *rositas*, panecillos del santo.

Me dediqué á eso como otros se dedican á la bendición de la cebada.

Desgraciadamente no tengo cabalgadura que mantener ni que lucir.

No podrán todos decir lo mismo.

Pero vamos al grano... por más que estando en la cebada, estábamos en él; el grano á que me he referido es el asunto de este articulejo.

Decía que resolví la otra noche comer *panecillos de San Antón*, sin gastar ni una mala peseta, y tomando nota en la memoria de tres ó cuatro casas de amigos, salí de la mía con dirección á la primera de las anotadas en la mente.

A las nueve en punto llegué al domicilio de doña Angeles, viuda perpétua, que ha cultivado durante

muchos años la explotación del huésped conocido en la prensa por *sacerdote ó caballero solo*.

Hace cuatro años dejó el puesto de ama de llaves para dedicarse á pasar por madre, mejor dicho, á hacer las veces de ella, en casa de sus sobrinas Enriqueta y Luisa, huérfanas con pensión de un oficial de voluntarios, muerto en la última campaña contra los marroquíes.

Como la pensión es corta, las niñas cosen *para fuera* y la tía está haciendo cuanto es posible para lograr que se coloquen matrimonialmente. Así es que doña Angeles recibe dos ó tres veces á la semana, pero no recibe más que á sus íntimos.

En la noche de autos, había en casa de la viuda perpétua diez y ocho individuos, siete de los cuales eran estudiantes, de los que al tomar relaciones amorosas dicen que se casarán en cuanto terminen la carrera.

De estos van quedando ya pocos.

La mayoría de los actuales no da palabra de casamiento ni para entonces ni para nunca.

Se jugaba en la casa á la lotería.

Sacaba las bolas de la bolsa, cuando yo entré, uno de esos graciosos que llaman al 33 *la edad de Cris-*

## GENERALES ESPAÑOLES



Excmo. Sr. D. Ramón Blanco y Erenas.

GENERALES ESPAÑOLES



Excmo. Sr. D. Arsenio Martínez Campos.

tó, el abuelo al 90, arriba y abajo al 69, y al 22 los patos.

Entré en la sala de recepción cuando casi todos los jugadores tenían, lo menos, un par de cuartos.

La ansiedad era afanosa.

Nadie reparó en mí, pero yo reparé que casi todas las niñas tenían un brazo y naturalmente una mano escondida debajo de la mesa.

Yo estaba tragando...

—¡Quina! Dijo una niña, después de oír cantar el 23.

En este momento, todo el mundo devolvió á la publicidad el brazo oculto.

Y todo el mundo me saludó asimismo correspondiendo á mi amable «*Buenas noches.*»

— Señor don... dijeron cien voces á la vez.

— Ya no se juega más, exclamó el ama de la casa. A comer panecillos.

Las niñas se levantaron rápidamente de la mesa; los caballeros tardaron un poco más. Ellos sabrán por qué.

— ¿Pierde V.? le pregunté á un joven que estudia para veterinario.

— Si, señor.

— ¿No ha llegado V. á la quina?

— No, señor; á pesar de estar en todos los juegos con una cuarta.

La criada recogió cartones, bolsa y demás chirimbolos y todo esto hecho sacó una bandeja de panecillos, una botella de *Marrasquino* y otra de *Peffecto amor*.

Los panecillos eran de confitería.

Me comí cuatro. No probé el licor.

Doña Angeles me dijo:—Hace 3 meses que según convenio retiro 10 céntimos de cada quina, con destino á panecillos.

Al ver que la gente joven se disponía á bailar, abandoné la casa.

Como la escalera no tiene gas, me acompañó la criada para abrirme la puerta de la calle.

Gertrudis tiene confianza conmigo y al despedirnos, me dijo:

— Las *reservas de las quinas*, no han dado solo para panecillos. La señora se ha comprado hoy, con ellas, seis pares de medias y una saya de aguas.

\*\*

A las 10 y media me encontraba en casa de doña Pura.

Allí jugaban á la Aduana.

Al entrar yo, decía una señora: «Valiente *perjuicio*, lo que sale.»

Yo me escamé.

Un señorito cursi decía que siempre que tiraban por él desollaban *el perro*.

También hubo panecillos sacados del fondo de reserva.

La criada, que me acompañó también á la puerta de la calle, me dijo que su ama se había comprado de *rosas* un abrigo de Astrakan.

\*\*

En casa de doña Perfecta no estaba el marido.

Se había ido el viernes de estreno del Español.

Estaba la señora sola, pero en el velador había dos tazas de thé.

La discreción me hizo abandonar la casa, porque la crudeza de la estación obligó á toser á alguien que se guarecía en el gabinete.

Al salir de la casa, ví que en el perchero había un gabán de pieles y un *sombrero de copa*.

No quise ver más; ni comer más panecillos.

El verdadero santo, dije para mí es el marido.

RAFAEL M.<sup>a</sup> LIERN.

## EPIGRAMAS

En cierta infeliz nación  
cuantos gobiernos mandaban  
solemnemente juraban  
guardar la Constitución.

Y todos, por Barrabás,  
cumpliendo lo que ofrecían,  
*guardarla* tanto solían  
que no la usaron jamás.

Un librero en el mercado  
vendiendo libros estaba,  
y, «¡á tres reales, exclamaba  
el Código del Estado!»

— «Es muy triste, dijo Unceta,  
mal reprimiendo su saña,  
que las leyes en España  
no valgan una peseta.»

LIBORIO.

## EL ESPÍRITU DE CONTRADICCIÓN



TENGO un amigo que es el espíritu de la contradicción.

— ¿Cómo está usted? — pregunta al primero á quien se encuentra de manos á boca, según es uso y costumbre.

— Muy bien, gracias, — responde el interpelado.

— No tan bien como á usted le parece, — se apresura á objetar mi amigo, antes que el otro haya podido preguntarle por su salud.

— ¿Cómo que no? Aseguro á usted que me encuentro perfectamente.

— ¡Perfectamente! ¡Vaya un adverbio! No sé por qué figura en el Diccionario, pues nunca puede aplicarse con propiedad. En primer lugar, en este

mundo no hay nada perfecto, y la salud de usted no había de ser una excepción de la regla...

— Pues yo sostengo...

— Usted sostendrá lo que quiera... ¡Quién sabe si ello ya será un síntoma de desequilibrio cerebral!... Pero además, tiene usted los ojos con vetas amarillas, signo infalible de algún trastorno hepático... los labios están descoloridos y algo tumefacta la región superciliar derecha... En una palabra, no me gusta nada la fisonomía de usted...

— Pues no se case usted conmigo, — exclama el interlocutor de tan original ente, si tiene buen sentido.

Y le vuelve la espalda, mientras él repite:

—No, no me gusta nada esa fisonomía.

Pero á veces da con un aprensivo que se asusta, toma la cosa en serio, va á su casa, se mete en la cama y pasa dos ó tres días en calentura, gracias á la gracia desgraciada de mi amigo.

Otras veces la escena se verifica á la inversa.

—¿Cómo está usted?— pregunta nuestro tipo á un esqueleto que convalece de una enfermedad que le ha tenido postrado seis ú ocho meses en el lecho.

—Bastante mal, don Recaredo; con muy pocos ánimos, sin fuerzas, sin apetito...

—¡Vaya un modo de exagerar! ¡Pues si va usted vendiendo salud! Tiene usted un rostro tan encarnado...

—Sí, como el pergamino.

—Y unas carnes...

—Como las de Sara Bernhard.

—¡Eche usted amigo! ¡Ni que fuera usted andaluz! Apuesto á que me vence á fuerzas...

Y Recaredo descansa vigorosamente sus manazas sobre los hombros del espectro que se dobla al peso de semejante caricia, murmurando:

—¡Hombre! ¡No sea usted bárbaro! ¡Me ha desconcertado usted las clavículas!...

A lo cual responde él con una carcajada y las siguientes palabras:

—¡Eso se lo hará creer usted á otro ó el médico tendrá empeño en hacer que usted lo crea, con su cuenta y razón; pero á mí no se me engaña fácilmente... Usted está buenísimo y si yo fuera su facultativo, no le recomendaría más que tres horas de sequitación por la mañana, cuatro de natación por la tarde y cinco de gimnasia por la noche, porque lo que usted necesita son ejercicios en que derrochar la exuberancia de sus fuerzas físicas.

Y se queda tan satisfecho.

¿Se le dice que una obra literaria es buena?

Pues ya está el hombre fuera de sí, contestando que no es cierto, que tiene más faltas que una pelota y que no puede menos de ser así porque ahora ya no hay autores, ni actores, ni siquiera espectadores y lectores.

—¡Ese público del día, ni es público ni nada! ¡si fuera como el de mis tiempos! Pérez Galdós estaría ya en la cárcel, Echegaray muerto en garrote vil y Cano, Sellés, Pereda y la Pardo Bazan, remando en las galeras del rey!

¿Quiéren ustedes oírle disparatar en sentido contrario?

No tienen más que censurar á un autor ó á una obra y hablar de la decadencia de la literatura en nuestra época

Ya está Recaredo vociferando.

—¡Qué decadencia ni qué niño muerto! ¡Esas son voces que hacen correr cuatro envidiosos! ¡Si precisamente hay algún mal es el de la abundancia de eminencias en la novela, en las ciencias, en las artes, en el teatro, en todo! Pero el público de ahora está

lleno de pretensiones, quiere echárselas de inteligente y se muestra no solo severo, sino injusto, rechazando unas producciones y mirando otras con punible indiferencia. Mis contemporáneos hubieran levantado ya una estatua á Carulla y declarado monumentos nacionales á todos los Perrines de España y Ultramar.

En los abrasadores días de la canícula, cuando todo el mundo suda la gota gorda, cuando se asan los pájaros y es necesario tomar precauciones antes de sentarse en un banco de piedra para no convertir en rosbif ciertas carnosidades del individuo, no hay que hablar á Recaredo de que hace calor.

Porque es indudable que exclama:

—¡Calor! ¡Si que lo da ver que hay personas tan exageradas! Hace una temperatura primaveral...

—De cuarenta y cinco grados; es cierto.

Recaredo mira con lástima al que le ha hecho tal observación y responde:

—¿Usted también es de los que creen en los termómetros? ¡Ya está usted fresco!

—¡Eso quisiera!

—Yo sostengo que estamos en un agradable término medio...

—Si, comparado con la temperatura de volatilización del mercurio... Pero usted va vestido de hilo...

—¡Caprichos de mi mujer! ¡Hasta dos días he llevado la capa, pero ella se ha empeñado...!

—¿La capa?

—No mi mujer.

En cambio, me le encontré días pasados y, sin acordarme de su monomanía, no pude menos de exclamar:

—¡Pero ha visto usted qué frío se nos ha echado encima!

El me miró con lástima, á través de dos lágrimas que le arrancaba lo bajo de la temperatura, y repuso:

—¡A cualquier cosa llaman ustedes frío! El tiempo no puede mostrarse más benigno... Acabo de ver un termómetro y señalaba veintiun grado sobre cero.

—¡Imposible!

—Aseguro á usted que lo he visto.

—¿Dónde?

—¡En las incubadoras de los leoncillos del Parque! Conque ahora ¡venga usted haciendo aspavientos! Me parece que la prueba no puede ser más concluyente...

—¿Pues no ha dicho usted otras veces que no daba crédito á los termómetros?

—Es que hay termómetros y termómetros: en ese sí que puede creerse, porque como depende del Ayuntamiento es oficial.

Y se marchó contoneándose... y soplándose los dedos que se le habían puesto como morcillas, gracias á una hermosa colección de sabañones.

¿A que conocen ustedes algún tipo como don Recaredo?

BLAS QUITO.

## EL MILAGRO DE LA VIRGEN

**M**ARIQUITA Melindres, moza de la posada del Gallo de oro, de Villaescarpada, era sin duda alguna una de las muchachas más hermosas de la comarca, y no se encontraba otra como ella en veinte leguas á la redonda. De tez morena y aterciopelada, ancho pecho y abultadas carnes, grandes y rasgados ojos negros, pie menuda y pequeña mano, traía revueltos á todos los mozos del lugar,

que andaban á la que salía, por obtener sus favores, sin que no obstante su baja condición, hubiese alguno que pudiera vanagloriarse de haber obtenido de ella el más pequeño favor.

Y no era todo virtud en la muchacha, según dicen las malas lenguas del pueblo, porque más de una noche, se la había visto acabadas las faenas del mesón salir sigilosamente por la puerta del corral para reunirse en la encrucijada de la carretera al primogé-

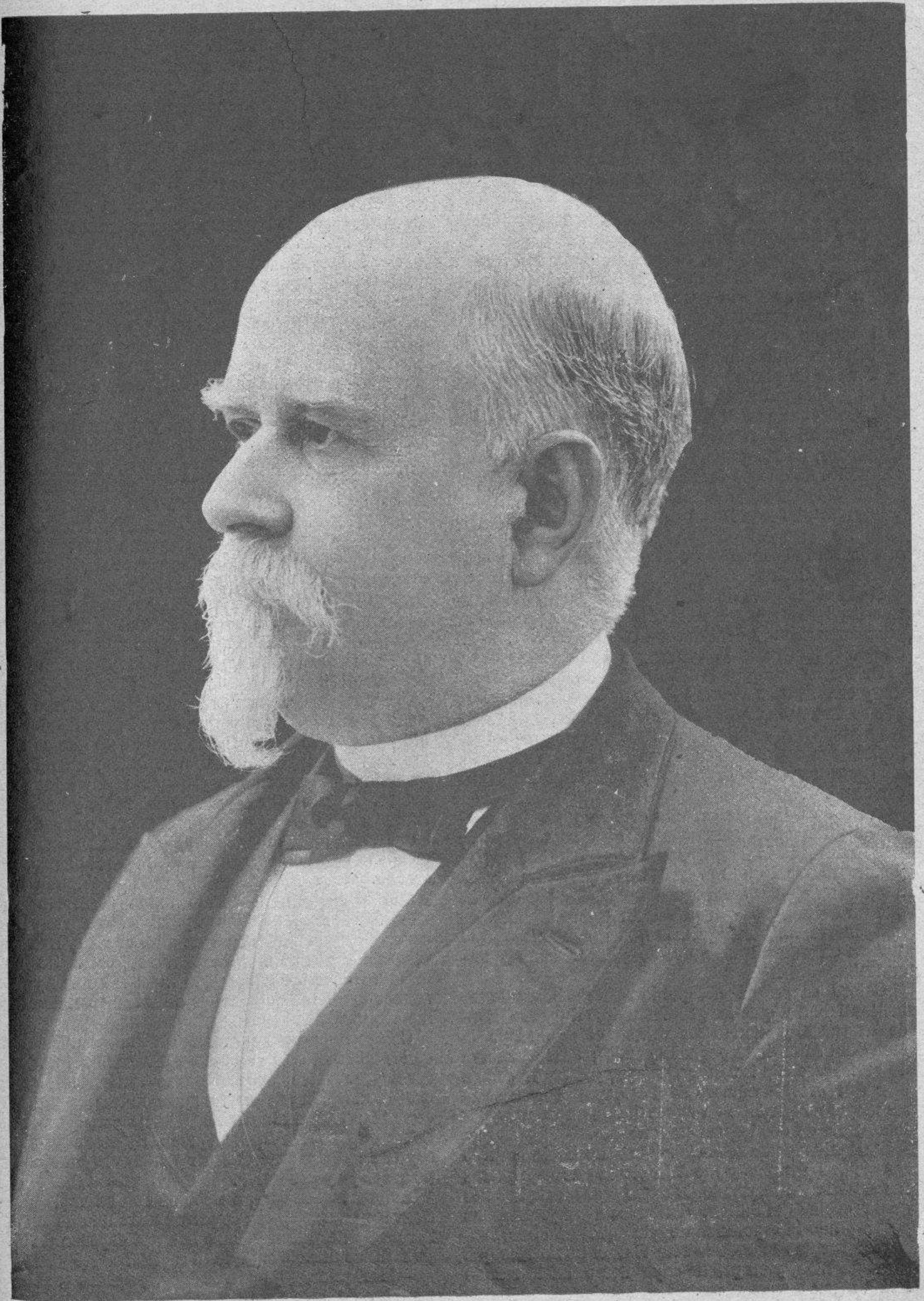
## GENERALES ESPAÑOLES



Excmo. Sr. D. Valeriano Weyler.



GENERALES ESPAÑOLES



Excmo. Sr. D. Marcelo Azcárraga.

nito de los nobles marqueses de Troncosco, que sin duda aburridos de la vida de la corte, acostumbraban á pasar los ardorosos meses de estío, en sus posesiones de Villaescarpada.

Preciada de su hermosura Mariquita, y orgullosa de su esbelto talle, que miraba disimuladamente reflejar en el agua de la pila del pozo, siempre que junto á él pasaba, creía poseer cualidades suficientes para aspirar á unir su destino á algún rico señorito de la capital, ó cuando menos á cualquier acaudalado labrador de los que abundaban en el pueblo, todos los cuales, andaban según de público se decía, bebiendo los vientos por la joven.

Ello no obstante, y aunque todos trataban inútilmente de conseguirlo, ninguno hasta entonces, la había hablado de casorio, lo cual la tenía seriamente disgustada, pensando en que si transcurría así mucho tiempo, quedaría para vestir imágenes, ni salir nunca de fregar los platos en el mesón, ocupación que aunque era la suya, no se armonizaba con sus ambiciosas aspiraciones.

Por eso no perdonaba ocasión alguna de exhibirse en el pueblo y á pesar de que se presentaban pocas, no pasaba baile ni diversión en que no tomase activa parte, ni se celebraba ninguna romería en los contornos, de las que suelen ser tan frecuentes en la montaña, de que no fuera el máspreciado adorno.

Empero el marido ambicionado no se presentaba y lejos de ello cuantos á la hermosa Maruja, como familiarmente la llamaban los mozos, se dirigían, no era en verdad matrimonio lo que buscaban sino otra cosa muy distinta.

Nada tiene pues de extraño que la gentil Mariquita estuviese dada á los diablos y maldiciendo de su triste suerte en la mañana del 15 de Agosto de 189... en que la presentamos á nuestros lectores.

Celébrase en aquel día la función de Villaescarpada, y era la romería de Ntra. Sra. de la Asunción, que se veneraba en la ermita del picacho, la de más resonancia en toda la comarca, no solo por la brillantez y aparatosa esplendidez de la fiesta religiosa sino por ser aquella imagen, la más milagrosa del contorno.

Llenas estaban las paredes de la ermita, de exvotos de cera, y de cuadros y grabados representando los distintos milagros, que á la Virgen se atribuyen, y siempre había en la sacristía de aquella un centenar de velas de cera, pues no se daba el caso de que un aldeano se hallase en un apuro ó padeciese una enfermedad cualquiera, que no acudiese á la Virgen en su ermita, seguro de obtener cuanto necesitaba.

Ocioso es pues decir, que la romería había de ser brillantísima y que la procesión que á última hora de la tarde, y cuando ya velaba el crepúsculo la montaña, salía de la pequeña ermita, había también de celebrarse con inusitada pompa, y concurriendo á ella tan crecido número de fieles, que podía asegurarse que no quedaba en aquel día en su casa un solo aldeano en dos leguas en contorno.

Mariquita como todos los demás no había querido ser de las últimas y fué á la fiesta en las primeras horas de la tarde, dando de mano á sus ocupaciones de la cocina del meson, vistiendo sus mejores galas y abrigando la esperanza de que aquel año había seguramente de sacar de la romería, el novio rico que tanto deseaba, y en pró de cuyo deseo había rezado á la Virgen tantas veces.

El rojo corpiño que ceñía su bien formado busto, hacia resaltar la morena tez de su cuello, dejando también adivinar la morbidez de su ancho pecho y la corta saya de lana bajo la cual asomaban dos pies

diminutos calzados con coquetones zapatos de terciopelo y el nacimiento de una preciosa y bien formada pantorrilla cubierta con rica media de seda negra, daban á la muchacha encantador aspecto, y si á esto se une el rojo color de sus mejillas, y el brillo de sus grandes y rasgados ojos negros, pudiera afirmarse sin temor alguno de incurrir en error, que era Mariquita, la más gallarda moza de las que concurrían á la fiesta.

Con tales condiciones era seguro que la Virgen atendería su ruego concediéndola el novio que ambicionaba, tanto más si se tiene en cuenta que dada la hermosa cara de Mariquita, nada tenía el hecho de milagroso, sino que era precisamente todo lo contrario.

Confiada y alegre acudía como decimos á la fiesta carretera delante y en pos de ella caminaban Marianillo y Andrés, dos fuertes y robustos mozos, primogénitos ambos de las dos mejores familias del pueblo, y rivales en las atenciones que á Mariquita prodigaban, pero sin que ninguno de ellos hubiese obtenido preferencia alguna á pesar de su constante solicitud.

Ambos creían que aquel día y con motivo del baile, que en la fiesta tendría lugar había necesariamente de decidirse por uno de ellos, por lo cual caminaban silenciosos mirándose disimuladamente y á hurtadillas con mal escondido encono.

La hermosa mesonera que ya de antemano sabía que aquella tarde había de elegir su suerte eligiendo entre los gallardos mozos uno para marido, marchaba también pensando por la carretera pidiendo á la Virgen la iluminase en su elección, pues si bien ambos reunían la riqueza que tanto ambicionaba, presagiaban á la vista muy distinto porvenir por ser los dos enteramente antagónicos lo mismo en lo moral que en lo físico.

Mariano fuerte y nervudo, de moreno rostro y brillante y espeso bigote negro, era el primero del pueblo jugando á la barra, y no había otro que con más fuerza y habilidad largase una bolea, cuando después de misa se reunían los mozos en el juego de pelota. Andrés por el contrario rubio y enfermizo tímido y débil como una señorita, ni podía dedicar su actividad á las faenas del campo, ni alternar tampoco con sus compañeros en el juego de bolos, pero en cambio no había en el lugar pluma como la suya, y aun el mismísimo alcalde había recurrido á su habilidad siempre que era preciso dar parte al Gobernador de la provincia, de algo que hubiera ocurrido en el pueblo ó en su contorno, y cuando en el mes de Diciembre había que exponer en el Ayuntamiento las listas del servicio militar ó en el de Marzo las electorales.

Con tan opuestos caracteres y encontradas cualidades dicho se está que ambos jóvenes habían de hacer dos maridos completamente antitéticos; por lo cual la elección era ciertamente dudosa, y digna de consultarse con tan divina y sabia consejera como había elegido Mariquita, que al llegar á la ermita cayó de rodillas ante el altar de la Virgen quedando perpleja y pensativa.

Ambos mozos entran también en el templo pisándola los talones, para impetrar cada uno de ellos el favor en la elección y como la moza cayeron también de rodillas ante la caja de la capilla.

—Mariquita, dijo uno de ellos, ya sabes cual es tu promesa de esta tarde, y que uno de los dos ha de ser muy pronto el legal poseedor de tus encantos según lo descisión que adoptes.

—Es cierto replicó la moza, pero como los dos sois muy dignos y para mí los dos teneis idénti-

cas ventajas como maridos, no quiero que el desdénado haga al triunfante objeto de su odio, y para ello he orado anoche con especial fervor á la Virgen de la Asunción, que me ha sugerido milagrosamente el medio de verificar la elección.

—¿Y cuál es? porque ha de ser acertado viniendo de tan egregia inspiradora.

—En el caso de que os convenga el matrimonio la Virgen decidirá: cada uno de vosotros pondrá un cirio en el altar de la ermita, que lucirá durante la función toda, y el dueño de aquel, que al terminarse permanezca encendido, será mi esposo en esta misma ermita dentro de ocho días.

—Vamos pues por los cirios y haga la Virgen una elección acertada.

Pocos minutos despues entraban Andrés y Maria-

no en la ermita llevando cada uno un sirio debajo del brazo el cual entregaron al ermitaño, con la especial condición de que había en el acto de encenderle y que había de lucir sin que le apagasen durante la función toda.

Hizose así y cuando ya de noche entraba en la ermita la procesión de la Virgen, á la que en primer término acompañaban ambos mozos, ansiosos de saber el resultado de la elección, vieron con sorpresa, que los dos cirios estaban apagados, y que el ermitaño que esperaba la procesión arrodillado en el altar mayor los miraba sonriéndose maliciosamente y murmurando entre dientes.

—¡A quién se le ocurre consultar á la Virgen en asuntos de matrimonio!

JOSÉ CALDEIRO.

## ZARAGOZA

### I.

Zaragoza querida, patria de mi alma,  
Cantarte quiero:  
Más no son mis cantares, como los que oyes  
Hace ya tiempo,  
Como los que al besarte, con sus murmulos,  
Te dice el Ebro,  
Como los de la jóta, que de tus hijos  
Compuso el genio.  
No serán mis cantares, cual los que oíste,  
Cuando en el pecho  
De tus rudos *baturros*, el odio ardía,  
Y sangre y fuego  
Tan sólo por tus calles podía verse  
No;... como aquellos  
No serán mis cantares, serán más pobres,  
Pero por eso,  
Cantares son del alma de un hijo tuyo,  
Que es el primero  
En quererte cual madre y en admirarte  
¡Reina del Ebro!

### II.

En las noches hermosas, en que la luna  
Da sus reflejos,  
El que está en tus riberas, contemplar puede  
Alzarse un templo  
Cuyas torres hermosas, sombras distintas  
Dan sobre el Ebro;

Yo, Zaragoza mía, de algunas noches  
En el silencio,  
He creído oír cantos, coros muy dulces,  
Himnos del cielo,  
Cuál si millares de ángeles revoloteasen  
Sobre aquel templo,  
Y á besar descendieran la hermosa Virgen  
Que está allí dentro  
Y la luna en el río, rayos de plata,  
Da muy diversos  
Que entre sombras serpean, y los murmullos  
Que desde lejos  
Escúchanse del río, rezos parecen  
Que van al cielo.

### III.

Zaragoza, la reina, sultana hermosa,  
De Aragón centro,  
¿No sabes á quién debes todas tus glorias,  
Todo tu genio?  
Pues mira, no lo olvides, es... al tesoro  
Que guarda el templo  
Que en tu linda ribera, mucho tiempo hace,  
Se alza soberbio;  
Del Pilar á la Virgen... que es nuestra patria,  
Que es nuestro anhelo,  
Nuestra madre querida..., nunca lo olvides,  
¡Reina del Ebro!

J. G. R.

## LA NOCHE DE ANIMAS

**E**RA el sargento Prieto, más negro que el betun y más malo que un demonio. Padres no recordaba haberlos visto en su vida, y cuando le preguntaban por ellos contestaba:

—¡No tengo más madre que la Patria, ni más padre que el Ejército!

La compañía le tenía más miedo que á un cólico á media noche.

Hacia más de mes y medio que su batallón estaba alojado en un pueblecito de la provincia de Búrgos.

El, como tonto vió que el cura tenía una sobrina encantadora y allí se fué pidiendo alojamiento.

### II

Catalina, la sobrina del cura, empezó á burlarse de las palabras amorosas del sargento y acabó por amarle con delirio. Prieto lejos de sentir una ver-

dadera pasión, anhelaba apoderarse del honor de la joven, antes de partir del pueblo.

El tío ignoraba estos amores.

### III

Era el padre cura un santo varón; á más de sus sagradas ocupaciones tenía á su cargo la caridad, sin olvidar el estudio de las ciencias.

Su despacho, de apariencia modesta, imponía; grandes estantes llenos de libros, varios cuadros de santos, una mesa, un viejo sillón y un esqueleto era el mobiliario.

Su pasión por las ciencias era grande, y en la aldea le llamaban el sabio.

### IV

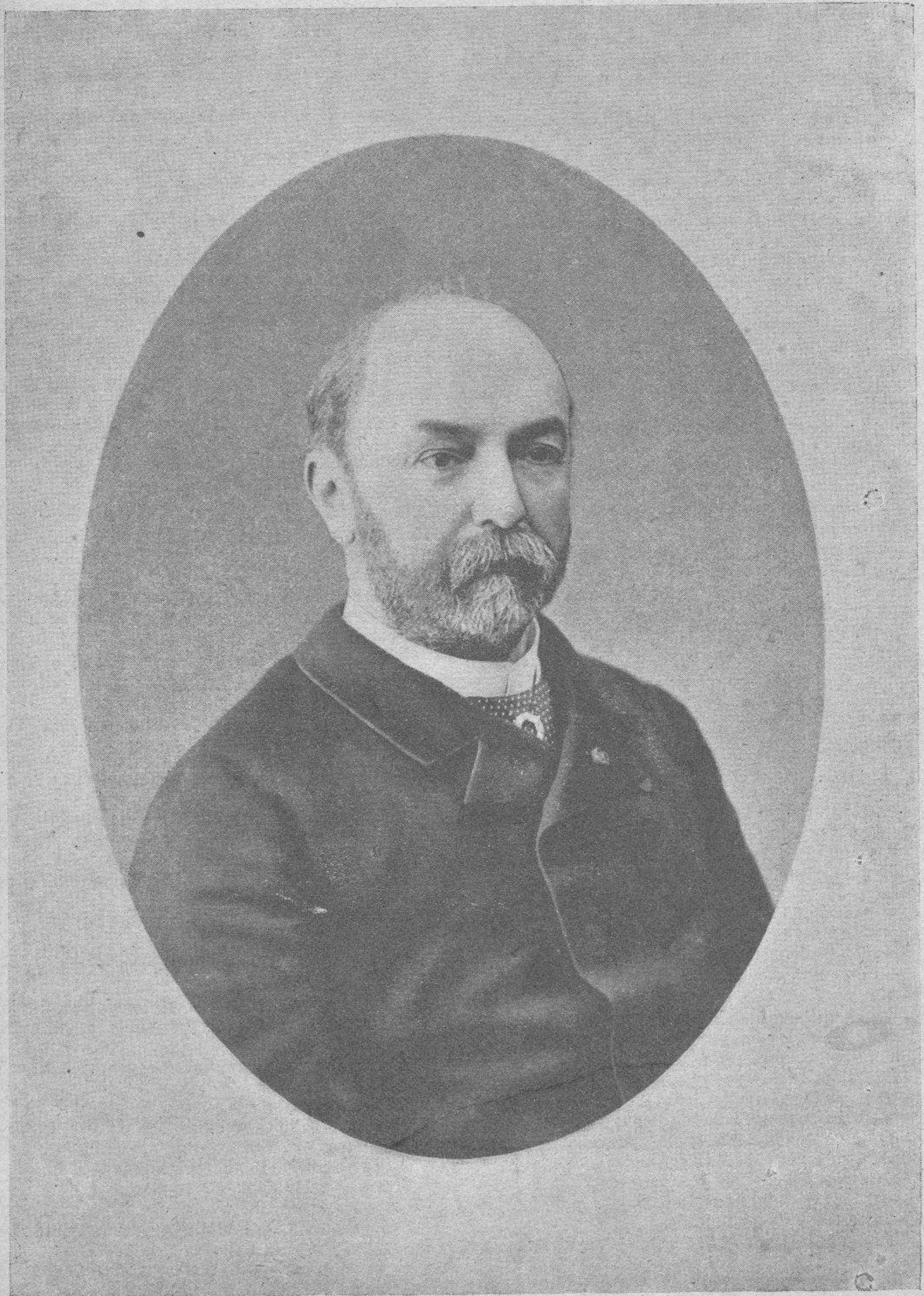
Estamos en el día de las ánimas; al siguiente partía el batallón del pueblo.

## GENERALES ESPAÑOLES



Excmo. Sr. D. Fernando Primo de Ribera.

GENERALES ESPAÑOLES



Excmo. Sr. D. José López Domínguez.

Catalina preparaba el modesto almuerzo á su tío; el sargento Prieto la proponía algo que hacía asomar el rubor á las mejillas de la joven.

—¡Imposible, decía Catalina, sin levantar la vista del suelo.

—¡No me amas!—replicaba el miserable.—Yo te prometo volver pronto á pedirte por esposa á tu tío ..

Y estampó un ardiente beso en los labios de la joven.

—¿Me esperarás en tu habitación esta noche?

—Si... pues que lo quieres, balbuceó Catalina con temor.

El sargento abandonó la cocina radiante de alegría.

—¡Desgraciada!—exclamó una voz á espaldas de la joven; ésta lanzó un pequeño grito y se cubrió el rostro con las manos.

Ante su presencia estaba la grave figura del cura que todo lo había oído.

## V

La cena fué silenciosa; además la noche no requería más que silencio y recogimiento. Era la de ánimas. Una vez terminada la cena, los tres pusieron en pié.

—¡Buenas noches padre!—exclamó el sargento con socarronería.

—¡Muy buenas militar, y que el cielo os guie, replicó éste.

—¿Para qué? ya sé yo andar por la casa—contestó Prieto sonriendo.

—¡La noche es grave! ¿No os infunde respeto?...

—¿Y por qué? preguntó el joven en tono de mofa.

—¿Olvidais, replicó el sacerdote, que esta noche es la de ánimas, noche de apariciones?

—¡Bah! á los vivos hay que tener miedo que á los muertos...

Y soltando una estrepitosa carcajada salió del comedor.

## VI

Transcurrió una hora; el sargento en su habitación esperaba que la casa quedara en silencio para ir á robar el honor de aquella criatura.

Diez minutos después salió de su dormitorio en dirección al de Catalina.

La puerta del cuarto de la joven estaba no cerrada toda.

El sargento empujó con suavidad la puerta y penetró en la alcoba, pero al dirigir su vista hacia el lecho, un grito de espanto salió de su garganta y con los ojos así fuera de sus órbitas, parecía dudar de lo que veía.

En el lecho descansaba la hermosa Catalina; junto á los pies de la cama, en una mesa había una cazuela donde ardían unas cuantas lamparillas, y á la cabecera con un brazo extendido hacia el cielo y el otro hacia el lecho, miraba con indignación al sargento un esqueleto tapado con un blanco sudario.

Pálido como la muerte trató de huir, pero en aquel instante la campana de la iglesia sonó con lúgubre sonido, que hizo lanzar al sargento una carcajada y caer á tierra blasfemando.

Estaba loco.

## VII

Cuando el Coronel del Regimiento á que pertenecía el sargento, preguntaba al cura qué había sucedido, porque él no creía en apariciones, le contestó éste señalando al esqueleto que tenía en su despacho.

—¡Señor, le di ese castigo, porque la honra es el único dote que Dios otorgó á mi sobrina, y un loco más ¿qué importa al mundo?..

ARIN y VILA.

## EL CABO DE GASTADORES

## I

Maria niña de ocho años, en unión de su madre, esperaba la llegada de la tropa de la guerra donde venía su papá despues de cuatro años de ausencia.

Por delante del balcón donde se encontraban ellas habían de pasar los expedicionarios.

La niña loca de alegría palmoteaba exclamando de vez en cuando.

—¡Cómo tardan mamá!

—¡Ten paciencia, hija mía!

—¿Y vendrá el primero?—preguntó con candidez Maria.

—¡No hija—respondió la madre.—Primero es el cabo de gastadores.

Las cornetas sonaron á lo lejos.

La muchedumbre se apiñaba para poder estrechar la mano de los valientes.

Los balcones engalanados estaban llenos de gente.

Al fin apareció en la entrada de la calle la arrogante figura del cabo de gastadores.

Empezaron los vivas y la gritería.

—¡Ese, hija mía!—exclamó la madre de Maria.—Ese es el cabo de gastadores.

En aquel instante el cabo dirigió su vista hacia el balcón.

Maria con sus manecitas envió un beso al militar.

Este la devolvió otro que hizo murmurar á la niña.

—¡Qué guapo!..

Minutos despues la decía la madre llena de emoción.

—¡Mira!... ¡Maria, ese comandante que va á caballo es tu padre.

—¡Padre mio!—gritó la niña; y aquel grito nacido del alma lo ahogó la alegre marcha que tocaba la banda del regimiento.

Mientras, la madre llorando caía de rodillas en el balcón, diciendo.

---¡Gracias Dios mio!... ¡Viene bueno!

## II

Trascurrió el tiempo. Maria era ya una preciosa joven de veinticinco años.

La volvemos á encontrar en la misma calle junto á la apiñada gente que esperaba el regreso de las tropas de la guerra.

A su lado una niñera, llevaba en brazos un robusto niño de dos años.

¡Cómo recordaba sus años de la niñez!

Dando empujones y pidiendo por favor, logró ponerse en primera fila.

Al fin apareció el cabo de gastadores.

Maria al verle sintió cierta alegría secreta que no sabía explicarse.

Sus hermosos ojos le dirijieron una mirada cariñosa.

Y él al pasar junto á ella exclamó lleno de admiración.

—¡Hermosa mujer!.. ¡Bendita sea!..

Asomó el rubor á las mejillas de la joven.

Momentos despues exclamaba Maria dirigiéndose á un arrogante capitán.

—¡Juan!.. ¡Juan!  
—¡Maria!.. ¡esposa querida!—gritó el militar saliendo de la fila y estrechando contra su corazón á su esposa y al hijo.

## III

Maria habia sido muy desgraciada. Su esposo murió ocho meses despues de venir de la guerra. Con gran trabajo sacó adelante á su hijo Manolo, y al cabo del tiempo le hizo entrar en la Academia de Infanteria.

Tres años después era un oficial, y cuando empezaba la infeliz á ser dichosa contemplando á su hijo, la guerra maldita se lo arrebató de su lado.

Maria estaba baldada; empezó por un enfriamiento, y acabó por poder andar solo con muletas.

En una retirada calle de la corte, vivia modestamente con una anciana criada.

La guerra habia terminado, y aquel dia entraban las tropas en Madrid; la pobre madre sentia no poder ir á recibir á su hijo.

—¡No puedo!—decia—estoy baldada... quisiera verle entrar, y allí mismo besarle una y mil veces; mis piernas me niegan esta dicha y la de... ¡Dios me perdone!.. ver al que va delante... el cabo de gastadores, qué cariño los tengo, parece que quieren decir con su marcial figura! —¡Padres, esposas, aquí os traigo la felicidad, vuestros hijos, vuestros esposas... ¡es verdad! felicidad puedo llamar el volver á estrechar entre mis brazos á mi Manolín.

Pasaron unas cuantas horas, y Maria se inquietaba por la tardanza de su hijo.

Poco despues un fuerte campanillazo hizo estremecer á la anciana.

La criada la anunció que un militar queria verla.

—¿Qué graduación tiene, Fermina?

—¡Yo no entiendo señora, dice que es cabo de gastadores.

El rostro de la anciana se iluminó de alegría.

—¡Que pases!.. ¡que pases!

Sus órdenes fueron ejecutadas, y en el dintel de la puerta apareció el cabo.

—¡Pasad!... ¿Qué me queréis?—exclamó Maria poniéndose de pié á duras penas y con la ayuda de sus muletas.

—¿Sois señora la madre del teniente don Manuel Salazar?

—Si.. ¿y mi hijo no viene?—exclamó Maria atemorizada.

—¡No!—replicó el cabo con amargura—Me encargó que la primera visita á vos señora os la hiciera.

—¡Pero... ¿Cuándo vendrá?

El militar guardó silencio.

Maria clavados sus ojos en él esperaba una contestación.

—¡Nunca, señora nunca!—murmuró aterrado el cabo.

—¡Ha muerto!.. ¡Hijo de mi alma!

Y medio desvanecida cayó en brazos del joven militar que la estrechó entre ellos, besándola cariñosamente, mientras decia.

—¡Pobre mártir!.. ¡Maldita guerra!

S. VILA.

SE HALLA DE VENTA EL SEGUNDO NÚMERO

DE

## EL TEATRO UNIVERSAL

Consta de **ocho grandes páginas** de texto, hermosas ilustraciones y **diez y seis** páginas de folletín como **REGALO**, continuación de la famosa obra del inmortal Calderón de la Barca, LA VIDA ES SUEÑO.

Se publica todos los **viernes**, y su precio es de

**15 céntimos en toda España**

Los pedidos á **D. Pedro Motilba**, Rambla del Centro, kiosco núm. 3. — Barcelona

SE HALLA DE VENTA EL DÉCIMOSEXTO CUADERNO

DE

## LA GUERRA DE CUBA

POR

**V. Suárez Casañ**

BASES DE SUSCRICIÓN

**Serie de 10 cuadernos. . . . 1'50 ptas. ☞ Serie de 20 cuadernos. . . . 3 ptas.**

A todo pedido ha de acompañar su importe, sin cuyo requisito no se servirá ninguna suscripción

Todos los pedidos á **D. Pedro Motilba**, Rambla del Centro, kiosco número 3. — BARCELONA

Imp. de Redondo y Xumetra, Tallers, 70.

HIJAS DE EVA



Una belleza.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO-ARTÍSTICO

Director:

V. SUAREZ CASAN

TODA LA CORRESPONDENCIA

A D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3. Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Semestre. . . . .	5 Ptas.
Un año. . . . .	8 ,
Extranjero y Ultramar. . . . .	15 ,

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.  
 —Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—  
 Pago adelantado.

CORRESPONSAL EN BARCELONA  
 PARA LA VENTA

de  
 periódicos de Madrid y provincias

D. PEDRO MOTILBA  
 Rambla del Centro, Kiosco n.º 3.

- ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *El Liberal* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ *La Correspondencia de España* ◆ ◆
- ◆ ◆ ◆ *El Herald* ◆ ◆ *El Globo* ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ *El País* ◆ *El Enano* ◆ *La Granvía* ◆
- El Pelotari* ◆ ◆ ◆ *La Bandera Federal*
- ◆ ◆ ◆ ◆ *El Nuevo Mundo* ◆ ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *La Lidia* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆

Corresponsal exclusivo en Madrid para la venta de LA SAETA, D. Antonio Fernández, Mayor, 2 y 4



# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 30 DE ENERO DE 1896



15 CÉNTIMOS





Al llegar el día 23 de Enero, las gentes decorativas solemnizaron con la pompa acostumbrada el santo del Rey, y no he de criticar esta costumbre palaciega porque produce ingresos al comercio de galones y cintas bordadas y siempre es bueno que el comercio viva.

Pero no hubiera sido menos bueno que en tal día y á los tres años de enterrado, se hubiera descubierto la estatua ó monumento que debemos á Zorrilla.

En la semana siguiente á la de su muerte, se habló mucho de este monumento y se ofrecieron varias empresas de teatros á celebrar funciones, cuyo producto serviría en parte, para levantar la estatua, pero parece cosa resuelta que aquí no tengan los honores de la escultura más que los políticos y los guerreros.

Dentro de trescientos años costará muchísimo trabajo á los españoles de entonces averiguar quién fué el Espartero, cuya estatua ecuestre se levanta en la calle de Alcalá, y aun es posible que algún erudito logre descubrir, despues de muchas investigaciones, que fué un torero muy famoso á fines del siglo XIX; lastimosa confusión que es de temer. Es seguro en cambio, que estos españoles que no han de saber quién fué Espartero, seguirán leyendo *Granada y Alhambra*, *El Nazarita* y *Margarita la Torera*, con el mismo gusto que nosotros, y como nosotros conocerán á Zorrilla.

Y hé aquí cómo se demuestra, que duran más veinte libros puesto uno sobre otro en medio de la calle, que un compuesto de piedra y bronce colocado en el mismo lugar.

Pero aunque esta esperanza de realización cierta nos tranquilice para lo futuro, no hubiera estado de más que los que se ofrecieron para la estatua, hicieran algo más que cobrar los derechos de propiedad del *Don Juan Tenorio*.

Weyler ha pasado por Madrid como un relámpago y todos le han considerado como un rayo para caer sobre los campos de Cuba.

El general se ha justificado de la acusación de sanguinario con que le obsequiaban algunos, y yo me permito opinar que no ha debido preocuparse por eso. Las gentes sensibles y humanitarias que consideran la guerra de Cuba como una lucha regular, no están por lo visto

enterados de muchas cosas que de Cuba escriben, tan repugnantes y horribles, que es absolutamente imposible que aparezcan en letras de molde, cosas que forman el fondo uniforme del cuadro á cada paso.

Este fondo no se lava sino con sangre.

¿Qué harían esas gentes humanitarias con un confidente, cuya traición costara una derrota y la muerte de cien soldados y el luto de cien familias? Lo que hará Weyler probablemente: fusilarlo oscuramente en medio del campo, y solo con la publicidad necesaria para que se enteren los demás y se sirvan poner sus barbas en remojo.

No parece sino que estamos haciendo la guerra con una nación civilizada que empleara las armas de la civilización. ¿Si Weyler tuviera la suerte ó la habilidad de coger alguna vez á Calixto García, que ha vivido y comido entre nosotros con sus hijos, y se ha ido como cualquier ingrato á la insurrección, habría alguien con valor bastante, para censurar que el general lo suprimiera de una vez para que no tuviese nueva ocasión de ser desleal? Si alguien hiciera semejante cosa, se quedaría sólo.

Para hacer un argumento contra Weyler se ha repetido lo que los laborantes de París han dicho: de que les convenía la guerra sin cuartel, porque *precipitaria los acontecimientos*. Tal creo yo también que sucederá, pero ¿es que los rebeldes pueden hacer más

de lo que han estado haciendo? Los acontecimientos se precipitarán, claro está, pero en sentido inverso al que suponen los *hojalateros* de París, porque, digámoslo empleando una frase vulgar, pero gráfica: con Weyler *no se juega*.

La opinión unánime sólo ha tenido para Weyler durante el tiempo que ha permanecido aquí, esta frase que sintetiza admirablemente el deseo de todos:

—General... ¡duro!

Ya sabrán Vds que el Gobernador de Madrid en cuanto ha logrado moralizarnos cerrando las casas de juego, se ha dedicado á completar nuestra regeneración ordenando que los teatros acaben las funciones antes de la una de la madrugada.

Hace tiempo que vengo protestando en varios sitios contra este abuso de la autoridad gubernativa, la cual puede exigir que la empresa empiece el espectáculo á las horas anunciadas en el cartel, pero nada más.

Y aún esto también sería muy discutible. En el espectáculo fraccionado en secciones se calcula en una hora la duración de cada una

de ellas, però en una obra de buen éxito, el público se impone y pide la repetición de tres números de música, y ya esto echa abajo todos los cálculos. ¿Va el Gobernador á imponerse al público impidiendo que los artistas le den gusto repitiendo? Sería una verdadera locura. Pues en este caso—y este es el que se dá á diario—no veo cómo el Gobernador solucionaría el conflicto que inevitablemente sobrevendría. O se dá gusto al Gobernador, que es autoridad, ó se da gusto al público, que es autoridad también para este caso concreto. Lo evidentemente imposible es dar gusto á ambos.

El reglamento de teatros vigente no ha legislado para el género *chico* dividido en secciones, sino para el grande. Debiera pues, el ministro de la Gobernación encargar un reglamento nuevo á una junta redactora, compuesta de autores y empresarios, que es á quienes principalmente interesa esto.

Cualquier cosa es preferible al espectáculo que damos todos, el gobernando renovando su orden cada tres meses y las empresas no obedeciéndolas.

FEDERICO URRECHA.

## GENTE BAJA

—¡Qué golpe!... ¡ni qué decir!

—Es la acera tan estrecha.

—¡Pus yo llevo la *direcha* y no me quiero salir!

—Tanto como tú yo valgo; ¡habrase visto la *enolina*, *meas* gustado por lo fina!

—Pus puedes comprarme algo.

—¿De veras?

—¡Ole que sí! me encanta ese genio altivo.

—Te compraré un tío vivo.

—El tío muerto... ¡gili!

¿Compras á mí?... ¡Por mi *agüela*!

—Mira, no des tantas voces no sea que te *asofiques* y te se entre la viruela.

—Yo sí que te voy á dar dos *manguzadas*.

—¡Vecinas! me daban tres en la esquina y no las quise tomar.

—No te pongas moños chata ya que te ví... ¡quién diría!

—Mira, cállate María que metes siempre la pata.

¿Me vas á contar un lío? .. pues ya estoy arta de oír...

—¡Ja, ja, no *magas* reir que tengo el labio *partio*!

Lo que yo quiero saber por qué dices á la Roja

que voy con el pata coja como su *mesma* mujer.

Por que chica la *verdaz*, entre dos *güenas* amigas,

espero que tú me digas, si es envidia ú *caridaz*.

—¡Ay qué gracia! fué un antojo.

—¿Pero que estás así yá?

—¿Que sí lo estoy? ¡Claro está!

—¡Que lástima!... ¡sí te cojo!...

—¡Mira no quiero *custión* que voy almorzar!...

—¡Qué gusto!...

—¡Y yo en cuanto me *desgusto* no hago bien la *degestión*!

—Ni vergüenza te ha *quedao*, has sido siempre *mú* loca.

—Anda, dame tú una poca que tendrás *demasiao*.

—No vuelvas á murmurar de si voy con el Toñuelo.

—*Má* haré un nudo en el pañuelo no se me vaya á olvidar.

—Que si con el cojo vivo, no le importa al mundo entero

y aun que *sus* pese le quiero.

—¡Ya lo sé! .. ¿Te doy recibo?

—Basta de conversación que llevo prisa... ¡marquesa!

—Vaya usted con Dios... ¡princesa!

—¡E<sup>s</sup> galichada!...

—¡Pendón!...

S. VILA.

## EL PESIMISTA

### Cuento

Como otros lo ven todo de color de rosa, Julio no lo vé sino manchado de negra sombra.

Piensa mal de todo.

Luce el sol en toda su intensidad; no puede el día ser más espléndido, y sin embargo Julio dice: «Lloverá esta tarde...»

—Pero hombre...

—No me negará V. que puede llover...

—Poniendo así las cosas... Claro es que para Dios nada hay imoosible.

Como haya en el firmamento una sola nube, si toma usted consejo de Julio no saldrá de casa porque la *tormenta está encima*.

Si sopla el viento, Julio no sabe hablar más que de las muertes ocasionadas por las tejas desprendidas á impulso de los vendavales.

Hay quien no le hace caso; en cambio las personas tímidas y apocadas como don Raimundo, le prestan crédito ciego. Para éste y sus secuaces Julio es un oráculo, un profeta infalible.

## BELLAS ARTES



Cuadro de A. Liezen-Mayer.

Idilio.

BELLAS ARTES



Cuadro de M. Loewe.

Indecisión.

Lo que voy á referir pasó en una hermosa posesión que, situada en el camino de Picaña, población muy próxima á Valencia, tiene mi amigo don M. de C.

Era el 15 de Agosto, solemnidad de la Ascensión.

Hacíase gran fiesta para celebrar los días de la hija de la casa, casada hace unos meses con Luis, jóven abogado, de inteligencia clara, lengua expedita, gran discutidor y temible ergotista; joven, en una palabra, á quien el foro brindaba un espléndido porvenir.

Luis tenía un hermano. Pepe, muchacho travieso, muy elegante, terror de los maridos, á quien la fama hacía pasar por mortal afortunado en las crónicas galantes.

Los padres de Asunción eran algo *machuchos*, pero estaban, como vulgarmente se dice, de buen ver.

D. Timoteo, el marido, era gracioso y decidor, y doña Antonia, la esposa, una mujer honrada, pero bastante presumida.

Le gustaba *parecer bien*.

Hora y media de toilette, no había quien se la quitara.

Habían sido invitados además á la fiesta onomástica de Asunción, doña Robustiana, viuda reciente de un comandante de caballería, y Rómulo, alférez del regimiento de Lesma, ambos lejanamente emparentados con los dueños de la casa.

A las diez de la mañana, en la capilla de la posesión habíase celebrado una solemne fiesta religiosa.

Se almorzó bien á las 12 y media, pero todo el mundo sabía que doña Antonia había echado el resto en la comida, razón por la que cada cual, había guardado un rinconcito libre, como suele decirse, en el estómago.

Por la tarde, después de la siesta, se había jugado á *prendas*, á columpiarse á *la rana*, por cuya boca había metido don Timoteo, tres *pasas* con general aplauso de los circunstantes.

Julio se pasaba el día *comiendo partidas* y á hurtadillas comunicaba sus impresiones á don Raimundo, que las escuchaba con muestras de admiración, acompañadas del gesto que quiere decir: ¡Qué talento de observación tiene V.!

Llegó la hora de comer.

Eran las 8 de la noche.

La mesa estaba admirablemente servida.

Los criados, por una bizarría de la dueña de la casa, lucían trajes valencianos de fines del siglo pasado, lo cual equivale á decir que las sirvientas estaban guapisimas.

Los comensales devoraron materialmente la clásica *paella* valenciana, haciendo mil elogios de la cocinera, que no era otra que doña Antonia.

A la *paella* siguieron dos platos clásicos también del país.

La *fritada* de *longaniza* y *butifarrones*, con pi-

miento y tomate, y la merluza rebozada con huevos.

El plato de dulce constituía por sí solo una solemnidad. Tratábase de unas fuentes de natilla, en las que doña Antonia había puesto sus cinco sentidos.

A las natillas debía su gran reputación de insigne repostera.

Los que comieron de aquel selecto plato habían repetido.

Hubo quien después del *bis*, pidió que se le pasase nuevamente la fuente.

Hartos como el chico del esquilador, dejaron los comensales la mesa, tributando á doña Antonia una verdadera ovación.

Se bailó, *se hizo música di camera*, y á las once y media cada mochuelo fuese á su olivo.

No hay que decir que los comensales pernoctaban en la quinta.

Don Raimundo y Julio no se acostaron. Aquel estaba ávido de saber y apreciar cuanto éste había observado. Julio había dicho: *Estamos sobre un volcán; el cual se cierne sobre esta casa. ¡Qué cúmulo de infamias!*

Quedáronse solos en el jardín y se sentaron al pié de unos fondosísimos naranjos.

—¿Con que tanto mal ha descubierto usted, amigo Julio?

—Esta es la mansión del vicio. Asunción se tima con el alférez, don Timoteo es el amante oculto de doña Robustiana; Pepe está liado con una de las criadas, que á su vez se la pega también con don Timoteo. Si levantara la cabeza el verdadero creador de esta finca, el honrado, el probo D. M. de C.

—Pero ¿en qué apoya V. esas conjeturas?

—En datos irrecusables. Mire V., mire V. Los hechos van á probar cuanto le digo.

Son las tres de la madrugada.

Asunción en paños menores se dirige rápidamente al jardín, seguida de Rómulo. Don Timoteo sale de la casa como persiguiendo á doña Robustiana. Acto continuo se ve á Pepe acosar materialmente á la criada más hermosa...

—Lo está V. viendo?

—¿A dónde van esas gentes? ¿A dónde van esos criminales?

—Vamos á verlo.

Julio y don Raimundo se dirigieron de puntillas al sitio donde se reunían aquellos culpables. Era un espléndido cenador cubierto de enredaderas.

Un rayo de luna, permitió á don Raimundo leer sobre la parte alta del cenador, el número 10; pero no tomó en cuenta que una rama discretísima ocultaba un segundo cero.

A todos aquellos infelices se les habían indigestado las natillas.

¡Cuántos pesimismos acaban de este modo!

RAFAEL M<sup>a</sup> LIERN.

## EPIGRAMA

A un gomoso, de nariz bastante descomunal, una gitana formal así le habla al infeliz:  
—¿Le echo la buena ventura tallesito é bailaor?  
—Muchas gracias; es favor.  
—Es la verdá criatura.  
Y aunque fartase á la ley

sin ambage le diría que jamás osté podría, aunque quisiera, ser rey.  
—Sin que antes la razón vea no te marcharás de aquí.  
—Porque tié osté una nari que no cabe en la monea.

ALVARO CABALLERO.

## ¡OH JÓVEN QUE ESTÁS BAILANDO!..

**S**e acerca el Carnaval y según es uso y costumbre desde hace muchos años, sirven de precursores una colección de bailes de máscara, celebrados en nuestros principales coliseos y en nuestros salones públicos más desacreditados.

Aquí, en Cataluña, por lo mismo que somos serios habitualmente y pensamos con la cabeza la mayor parte del tiempo, profesamos una irresistible afición á mover los pies.

Cuando, á raíz de la dolorosa catástrofe del Liceo, cundió el pánico entre la gente y ésta se retrajo de asistir á los espectáculos públicos, los salones de baile fueron los únicos que se libraron del chubasco.

En ellos, la concurrencia, lejos de disminuir, aumentó de un modo considerable.

¿Era que se abrigaba la creencia de que, en semejantes locales, el anarquismo estaba como en casa propia y no había de llevar á ellos sus estragos, por no faltar á la máxima de los gitanos?

¿Era que el aliciente de la danza superaba al terror de la dinamita?

Tal vez contribuyeran á ello ambas cosas; pero yo me inclino á creer que la última fué la que tuvo influencia más decisiva.

Hay gente capaz de bailar una habanera ó americana, como decimos aquí, por encima de siete docenas de obuses cargados de metralla, y no experimentará más temor sino el de que los obuses estallen antes de haberse concluido el baile.

Traten ustedes mal á una criada; dénla poco de comer, quédela á deber seis meses de salario: es posible, (no lo aseguro ni mucho menos), que pase por todo. Pero si llega el domingo y no han comido ustedes á la una y media, para que una hora después, pueda la *pobre chica* salir de casa, muy repeinada, ajustada, empañolada y peripuesta, para encaminarse con presuroso paso á uno de esos locales donde se rinde culto á Terpsícore y se deja entrar gratis á las señoras, á juicio de la comisión, tengan por seguro que se quedan sin fámula al día siguiente, si ya no les planta el mismo día, dejándoles el puchero á medio cocer, las camas levantadas, sin barrer la casa, y la fregadera llena de cacharros vírgenes de agua y estropajo.

La señorita cursi, la inocente *chíncha*, el cándido hortera, antes se quedarán sin comer que sin ir á los bailes de máscara del *Circo Barcelonès* ó del *Romea*.

Los horteras de cierta categoría, la aristocracia del algodón, los pollos que quieren ser gallos, los gallos que se las echan de pollos, los viejos verdes, los jóvenes lilas, las vírgenes procedentes de quiebras, las mujeres que quieren *empezar á vivir* y las que han vivido demasiado: todos estos, ellos y ellas, se guardarán de faltar á uno sólo de los bailes del *Liceo*, aunque la noche sea fría y tempestuosa, aunque lluevan chuzos y caigan capuchinos de bronce, aunque luego se haya de pasar un mes bajo el filarmónico régimen de las judías secas y el agua clara,

aunque la patrona se quede sin cobrar ó el sastre cite ó escandalice la modista ó desahucie el casero ó se coja á la salida del teatro, una pulmonía fulminante. El afán de mover las piernas al compás de la música es una de nuestras debilidades; no hay medio de negarlo sin faltar abiertamente á la verdad.

Al ver el sinnúmero de salas de baile, casinos y sociedades particulares cuyas funciones se limitan ó terminan con baile *en obsequio á la concurrencia*; al observar que en muchas de nuestras fiestas faltan (y no lo digo en son de censura) corridas de toros, pero en todas abundan *entoldados* de quita y pon y los locales fijos consagrados á la musa de la danza, si no tuviéramos tan bien sentada nuestra reputación de personas serias, se nos tomaría por un pueblo de danzantes.

A veces, nuestra afición nos ha llevado hasta á excesos ridículos, hasta á dar en una población importante y culta como Barcelona, espectáculos dignos sólo de un mal lugarejo, como el de las célebres sardanas del café Güell y de otro café de la calle del Cármen, cuyo nombre no recuerdo, espectáculos que los encargados de nuestra policía urbana no debieran consentir y que es de esperar no se repitan, por más que padezca con ello algún interés particular.

Pero aún sin llegar á aemejantes abusos, es innegable que el baile constituye una de nuestras pasiones y que ésta se exagera cuando, como sucede ahora, se aproxima el Carnaval.

Es incalculable la cantidad de bencina que se ha gastado en estos días para limpiar los guantes que han de cubrir las manos llenas de grietas de fregadero ó de horteriles sabañones.

Los comerciantes afortunados que poseen una partida de dichos adminículos, procedente de un saldo, y pueden ofrecerlos al módico precio de dos ó tres reales, hacen su agosto en pleno Febrero.

Es verdad que los tales guantecitos tienen más mataduras que caballo a!quilón, pero *tiran* una noche y aunque hayan que tirarlos á la siguiente, poco es lo que se pierde.

Además; cuántas veces uno de esos pares de guantes á real la pieza, ha logrado conquistarse una cena de seis ú ocho duros, con todas sus consecuencias!

La humanidad es así: se deja llevar de las apariencias y juzga que á una máscara que gasta guantes de los que no huelen á bencina, no se la puede convidar á un cubierto de tres pesetas.

¡Oh, jóvenes que, si no estais bailando, habeis bailado noches pasadas ú os disponeis á bailar en las próximas! ¡Yo no os diré que al infierno vais saltando, por más que es muy posible que así sea, pero sí os aconsejo que desconfieis de los guantes de vuestras conquistas aun cuando no huelan á droguería!

Porque la mujer es pérfida como la onda.

Porque hay máscaras y guantes de guardarropía.

Y por otra porción de cosas que os diría si tuviera tiempo y ganas de perderlo.

¡De todas maneras no habeis de hacerme caso!..

BLAS QUITO.

## LA CALUMNIA

El odio ruín de un corazón podrido  
sugirió vil pensar á una vil mente,  
y una boca aún más vil, arteramente,  
sembró la negra especie en un oído.

Aquello, arroyo fué que, sin ruido,  
deslizóse al principio cual serpiente:  
aquello, á poco en bramador torrente

vióse y en mar furioso convertido.

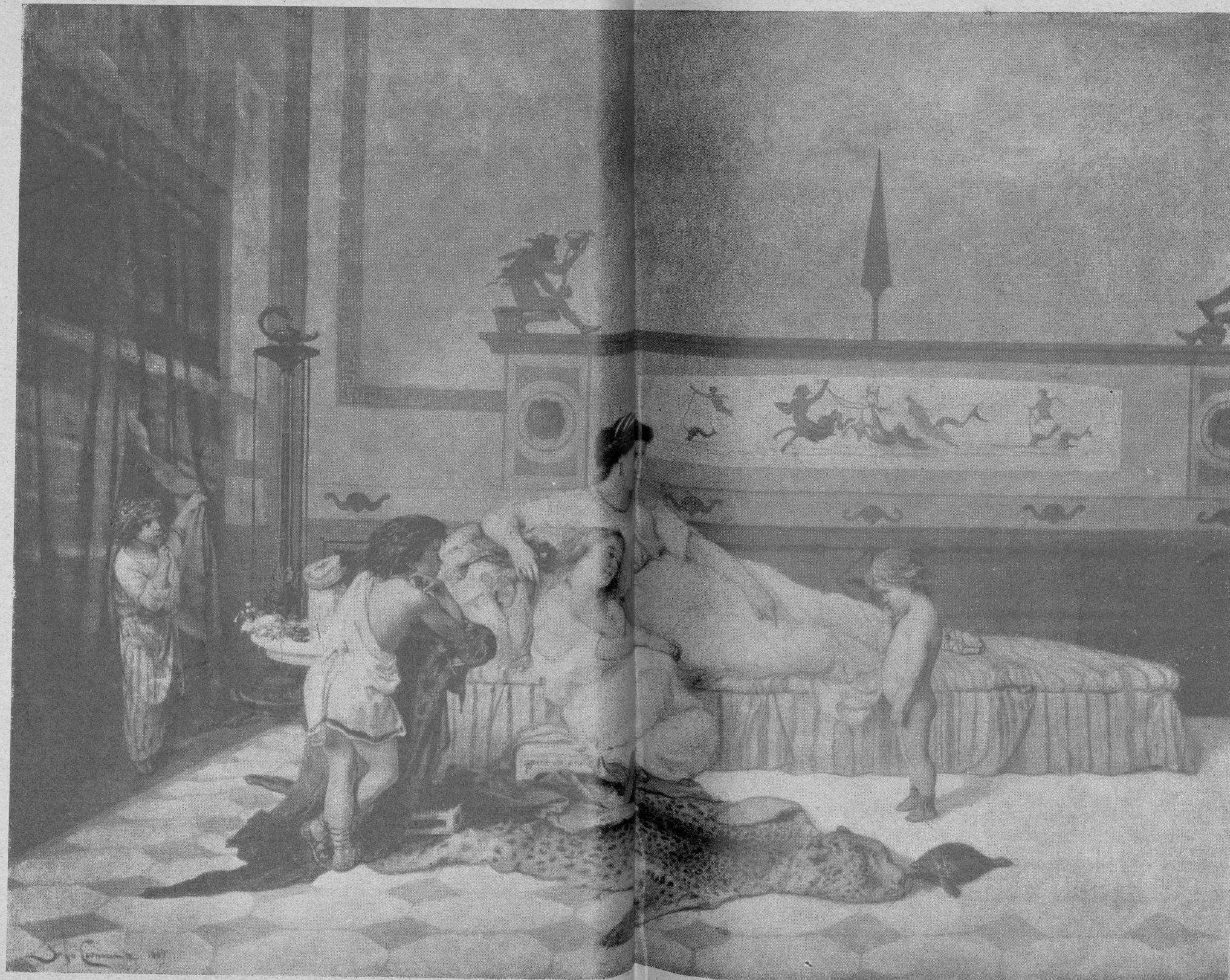
Náufrago aquel honor, vencer quería  
¡qué insensatez! el ímpetu salvaje  
del mar de la calumnia turbulento.

Mas le agotó las fuerzas la agonía;  
se cerró sobre él triste el oleaje...

¡Aún sobre aquella tumba brama el viento!

R. y M.

BELLAS ARTES





## PUESTA Y CODILLO

**L**AS ocho de la noche acababan de sonar en el reloj del Ayuntamiento de Villaparda, pequeña aldea situada en lo más intrincado del pintoresco Pajares, y que enclavada en un profundo y ameno valle, rodeada de altísimas montañas y de escarpados precipicios, que solo dejaban llegar á ella por senderos de cabras, parecía olvidada de todo el mundo.

Sus campos cubiertos de nieve durante el invierno, apenas daban el maíz necesario para la borona, que á falta de pan consumían sus habitantes y nunca ó casi nunca, se daba el caso, de que hubiera carne fresca en la aldea, como no fuese que se desgraciase una oveja al saltar de risco en risco, y aún ésta se vendía á tan elevado precio, que solo estaba al alcance del alcalde, único potentado del pueblo, y aún del cura, á quien éste se la regalaba, más bien que por él mismo, por agradar á su sobrina, una encantadora asturiana de veinte abriles, que huérfana desde los cuatro años de su padre, audaz y empeñado cabecilla del Pretendiente, había sido recogida por el párroco, y á quien el Presidente del Ayuntamiento, no miraba con malos ojos á pesar de ser vizco, y no porque la quisiera para sí, sino porque soñaba con casarla con su hijo mayor, un zagalón alto, sucio y desgarbado, que segun su padre, se hallaba avocado á muy altos destinos y á quien había enseñado á mal leer, peor escribir, y muchísimo peor contar, el maestro de escuela Don Lupercio, sabio pedagogo, á quien segun él, habían postergado todos los ministros de Fomento, obligándole á servir la modesta escuela de Villaparda, por más de que sus méritos le hicieran digno de una cátedra en Salamanca.

Este, el cura y el alcalde eran las tres únicas personas pudientes del pueblo, aparte del secretario, con quien no obstante su origen plebeyo, se dignaban alternar alguna vez que necesitaban un cuarto para el tresillo ó un compañero para el mus, en los que era punto fuerte el párroco.

Todos los demás habitantes del pueblo, hablaban por milagro divino, y difícilmente se hubiera podido encontrar uno que emitiera su voto, aun habiendo llegado el sufragio universal á ser ley del reino, lo cual quiere decir que ninguno de ellos sabía leer, ni mucho menos escribir, fuera del primogénito del alcalde, hasta el punto de que cuando llegaba á la aldea el peatón, con algún pliego que no fuese del servicio nacional para el ayuntamiento, tenía el destinatario que buscar al maestro de escuela, á fin de que le descifrase lo que para él era gringo, y para que le contestase la epístola, algunos días más tarde, mediante media pesetilla, que la necesidad le obligaba á aceptar, único plus que á su modestísimo sueldo de doscientas pesetas anuales, peor pagadas que ganadas, y eso que lo eran con gran trabajo, podía añadir el desgraciado pedagogo.

También merecía especial mención entre las notabilidades de la aldea el médico Don Leopoldo, un viejo practicón rezagado de la ciudad, y que no obstante su ciencia infusa no había logrado curarse de un catarro crónico, que le producía frecuentes y prolongados ataques de disnea, que unidos á la deficiencia cardiaca que también padecía, hacían predecirle un fin próximo ya que no prematuro.

Todas las noches se reunían los cuatro en la amplia y abrigada cocina de la casa rectoral, y allí junto al hogar, en el cual ardía un monte de rechinante y seca leña, de la que guardaba buena provisión el párroco en el horrio mezclada con el maíz, echaban

un largo párrafo de política palpitante unas veces, y se entrenaban otras, jugando al tresillo, y dando que hacer á las espadas y los bastos.

Ninguno de ellos podía poner una jugada al párroco, ni mucho menos darle codillo, pues siempre entraba con los cuatro etcuches y un fallo, lo cual causaba la desesperación de sus poco tolerantes compañeros que acababan casi siempre por levantarse dados á los diablos, molestados por la suerte insolente de aquél.

La noche en que comienza nuestro relato, que muy bien pudiera ser verídico, á haber ocurrido los hechos que narramos, estaba como siempre el cura, llevándose todas las jugadas seguidas, sin que diera lugar á que engordase el plato, lo cual como decía el alcalde era lo que más divertía á la reunión.

Robando de la baceta se hallaba en aquel momento el médico, para defender una mala entrada, única que había pescado en toda la noche, cuando levantándose el monterilla dió un fuerte puñetazo sobre la mesa diciendo:

—Ea! se acabó! esto no puede continuar! llevo pasando toda la noche, y esto es para quemar la sangre al hombre de más paciencia, váyanse al demonio la mala y el basto, y hablemos un poco de política, que ya que están encima como quien dice, las elecciones, necesito de los consejos de todos Vdes. para que me indiquen el mejor medio de sacar el diputado del gobierno.

—Y ahora se acuerda V. de eso? cuando voy á entrar yo con una bola impepinable? vamos hombre juegue V. y calle la boca, que ya habrá tiempo después de hablar de política.

—Todo sea por Dios, dijo el cura.

—A parte de eso, también tengo que hablar y de un asunto importante con el Sr. Cura.

—Conmigo?

—Con V., sí señor, y es cosa que no admite espera

—Sabe V. qué me pone en cuidado, Sr. Alcalde; sepamos que es ello, digo si es que estos señores...

—Estos señores pueden escucharlo, los dos son buenos amigos, y se alegrarán de seguro, de todo lo bueno que á V. y á mí nos suceda.

—Ya lo creo exclamó el maestro.

—Sinceramente, dijo el médico.

—Pues soy todo oídos.

—Usted sabe señor cura, comenzó enfáticamente el alcalde, que mi hijo Pascasio, es ya como quien dice un mozo de quintas....

—Como que debe sortear este año, por cierto que su suerte le tendrá á V. preocupado, no es verdad?

—No, lo que es eso no, porque para algo soy alcalde, pero sino su suerte en la quinta, no dejan de preocuparme otras cosas que también pueden hacer la del muchacho, y de ellas precisamente es de lo que quiero hablar á V.

—La verdad, no se me alcanza....

—Mi hijo Pascasio, es honrado y trabajador, y en cuanto á instrucción, D. Lupercio puede dar fé, de que no hay otro que sepa más en el pueblo.

—Nunca lo puse en duda.

—Además, el día que yo estire la pata, que no será muy tarde, no digamos que será rico, pero tendrá un mediano pasar.

—Pues señor, no adivino....

—El chico no es tampoco jorobado sino muy derecho, ni tuerto sino que tiene muy buenos ojos, en una palabra, que creo que es un buen muchacho á carta cabal....

— Si que lo es interrumpió el maestro y á nadie más que á mí lo debe, que le inculqué los primeros principios y guié sus primeros pasos, aunque esas son cualidades que han sacado todos mis discípulos.

— Pues bien, mi hijo esta enamorado como un tonto....

— Hombre! hombre!

— Cada uno se enamora como lo que es, murmuró el médico.

— Y como en los males de amor, no hay otra receta más que el matrimonio, he decidido casar al chico....

— Y quiere V. saber mi parecer?

— No señor.

— Vamos, si, quiere V. entonces que yo mismo me encargue de arreglar los papeles?

— Tampoco, V. tiene una sobrina, muy guapa por cierto....

— Y más honrada que guapa, es verdad, pero no comprendo....

— Todavía no? á que resulta que es V. más cerrado que yo de mollera y eso que me precio de serlo un poco; mi hijo Pascasio está enamorado de su sobrina de V. y quiere casarse con ella.

— Acabáramos! pues si hubiera V. empezado por ahí....

— Es que como anda por medio, el mancebo de la botica del pueblo....

— Basta señor alcalde, mi sobrina es una muchacha honrada y obediente, y en eso como en todo hará mi voluntad, así que se la haga conocer.

— Muy seguro parece que está V.

— No he de estarlo? sería la primera vez que me desobedeciera.

— Pues como haya otro noviejo por medio, délo V. por cierto.

— Tan seguro estoy de lo que afirmo, como de llevarme este solo; roben Vds. copas.

— Como no sea muy grande se lo pongo! replicó el galeno.

— Vamos á verlo y en cuanto á la obediencia de mi sobrina, van Vds. también á convencerse por sus propios ojos. Andrea! Andrea! dí á mi sobrina que venga en seguida.

— Voy señor, dijo levantándose de un rincón de la cocina, en el que se hallaba acurrucada la criada de cura junto el hogar, pero puede que se haya acostado.

— Que se levante y venga, que quiero demostrar á estos señores, que con las cartas y con mi sobrina, on hay quien pueda conmigo! Arrastro!

Lenta y trabajosamente, salió de la cocina Andrea, volviendo á poco pálida y asustada.

— Que es eso muchacha? qué te pasa? preguntó el médico al tiempo que doblaba su segunda baza, y que había robado primero

— Que la señorita no está en su cuarto, y que he encontrado esta carta sobre la almohada.

— A ver dame, dame, exclamó el párroco y cogiendo la carta rompió nerviosamente el sobre, leyéndola de una ojeada, mientras el médico que entonces doblaba su tercera baza, decía con socarromería.

— Puesta, y á otra

La carta que tan desastroso efecto había producido en el cura, contenía solamente unos cuantos renglones en los que se leía: «Perdón querido tío, por el profundo disgusto que voy á causarle, pero como sé que entre V. y el Sr. Alcalde quieren casarme con su hijo Pascasio, huyo del pueblo con Filomeno el mancebo de la botica, que me adora, y cuya mujer seré dentro de ocho días.»

JOSÉ CALDEIRO.

## EL HOMBRE SIN FE

¿Qué es el hombre sin fé? Lo que las flores sin los halagos de la luz del día; la negra afirmación de la falsía, un vil sustentador de hondos errores.

Un loco timonel que, ansiando horrores, su propia nave hacia el abismo guía; lo abstracto, lo confuso, lo que enfría el sublime calor de los amores.

La fé es el astro á cuya luz potente brotan las flores de inefable esencia que al mundo dá la religión cristiana.

Cuando falta la fé, que eternamente brinda su hermosa luz á la conciencia, muere la flor de la razón humana.

L. SANCHEZ ALAEZ.

## LA FE

Yo soy amor y del amor camino,  
Soy blanca nave del sagrado puerto,  
Por mí, postrado en el peñón desierto;  
Canta el asceta su triunfal destino.

Soy consuelo del triste peregrino  
Que cruza el mundo de pesares yerto;  
Soy árbol santo del eterno huerto,  
Rosa bendita del Rosal bendito.

Sin mí la pena se desgarrá y llora;  
Sin mí el dolor sus amarguras vierte;  
Sin mí el sepulcro con furor devora;  
Aspirando mi ley el alma es fuerte;  
La pena se hace amor; la noche aurora;  
La tumba claridad, faro la muerte.

BERNARDO LÓPEZ GARÍA.

## VULGARIDADES

**E**n una de las más escondidas callejuelas de esos típicos barrios que llaman bajos en Madrid y en una casa de las que con mucha propiedad se dicen de vecindario, pues lugares habrá que con menos tienen Concejo y todo, vivía en su tabuco la sin par Adela, costurerilla en ciernes ó lo, que da lo mismo, aprendiz de un taller de modas de los que gozan más crédito en la corte.

Allí aprendía la mozueta no solo á manejar la

aguja y á no tener parada la sin hueso, sino que también se inculcaba en las lecciones llenas de experiencia que las oficialas, como más ducharas, le daban de continuo de los arcanos que encierra el corazón del hombre, pues es esta la sola ciencia que poseían; hazte cargo, lector, si concienzudamente la sabían y si estará de más si en ella las calificamos de doctoras, bien que algunas no pasan de licenciadas y las licencias de estas no tenían punto de semejanza con el doctorado de las otras. Porque es lo cierto,

## FANTASIAS FEMENINAS



— ¡Quietol... —

FANTASIAS FEMENINAS



— ¡No vienel...

que para consumir la tiranía en los hijos de Adán, empleaban unas las más libres desenvoltaduras, y los más sublimes arrebatos venían á ser las románticas del oficio, mientras que las doctoras jamás se desvían de los caminos de la ciencia, usando procedimientos basados en sus principios invariables y haciendo finalmente aplicaciones encaminadas á sacar el provecho posible de esta pícara y miserable vida.

De estas que, como se ve, formaban el opuesto bando de la realidad, Adela que se perdía de larga, tomó un sapientísimo discurrir y sus cálculos no menos sapientísimos; no por eso desdeñando las formas de las otras, sobre todo en lo tocante á las ciertas ó fingidas sublimidades ya mencionadas, pues veía claro que bebiendo con ansia de las puras y cristalinas aguas del taller de donde mana toda la ciencia, tiempos vendrían en que fuera honra y prez de las madrileñas costureras.

Así no es cosa de decir, mediando aquellas lumbreras, que llegó á poseer el más variado y completo repertorio que de coqueterías y simulados desdenes en modistillas se ha visto, que no es poco decir, la vista más lince para escudriñar tesoros escondidos bajo envolturas de carne y hueso, miraditas de almibar para alentar los tímidos y *salidas* extravagantes y poca cortedad de manos para *parar los pies* á los tenorios de mal *fin* que iban mas allá que la regla manda.

Y á fuerza de cavilaciones, que no en vano era doctora, convino en sus adentros el hombre que le era más al caso, no siendo ni mucho menos el acicalado y pulquérrimo gomoso que hacía centinela junto al escaparate del taller, ni el petulante calavera que se creía hombre de mundo y no veía mas allá de sus narices, ni el venerable señorón lleno de peluconas y de años, que de estos, muy sabiamente decía, caen pocos en libra; y pues no convenía dar pié á quien no se aseguraba dár la mano, pensó la modistilla, que su hombre más pintado sería el que tuviera más cantidad posible de Juan Lanás por algunas consideraciones que le inspiró su corazón costurero que no digo por no ruborizar á mis lectores ya maduros.

Y ya tenemos á nuestra buena Adela, con su lío al brazo, contoneándose por las calles de la villa heróica, esgrimiendo sus nada católicos ojos, ojos de mercader, que como el chalán en la feria nunca engaña en el conocimiento del ganado, menos engañan á Adela en el conocimiento de los hombres, y Dios me perdone en la otra vida la comparación que á pesar mío ha resultado aquí.

\* \*

La feliz casualidad ó sus hados propicios deparó á Adela el galán más conforme á sus miras que podía imaginarse.

Era éste un tal Agapito, mozo de muy buena presencia anunciadora de mejores hechos, de bonachón semblante con rastros y reliquias de viruelas pasadas, de mediana estatura y un tanto cojo, pero que ganaba veinte reales y pico de jornal diarios, como quien no dice nada, que volvieron el seso á nuestra modistilla.

Y dando un salto, ya tenemos á la feliz pareja, al domingo siguiente, camino de las Ventas, especie de paraíso terreno hecho exclusivamente para olvido de las delicias del Edén; regocijaba cotorreando Adela, enamorado y medio sorbido el pobretón de Agapito.

Y siguiendo el curso natural de esta historia para no exponerme á decir lo consabido de «pero no adelantemos los acontecimientos,» veremos los esfuerzos heróicos que hace Adela para arrastrar á su Agapito

por los caminos de la perfección, ó sea matrimonio como el vulgo dice, y por más que á menudo le saca á colación las venturosas bodas que se celebran en el barrio y las que están por celebrarse, Agapito, que no entiende de alusiones, se persuade de lo elocuente que es su amada pero no se convence, camino por andar.

Y allá en sus mientes, maldice Adela á sus impíos hados y hasta la falsa ciencia que había aprendido en el taller, alarmándose como es consiguiente, que Agapito con toda la buena pasta de que estaba formado, nunca se decidía por cosa tan buena y tan santa, para baldón de los pícaros tiempos que corremos, según el pensamiento de Adela.

Y celosa de su bien y de su amor quiso saber á todo trance á qué había de achacar la anomalía que á su entender saltaba, pero luego cayó en la cuenta que la pintarrajada taberna de la esquina, con sus fermentados catálogos de caldos entre los que ni por asomos se mentaba al alcohol engendrador de todos ellos, era causa del desvío de su Agapito.

Porque en el principio de esta deshilvanada historia, *por no adelantar los acontecimientos*, pasamos por alto que Agapito era admirador aunque indigno de las cepas que Valdepeñas cría, pero no por ellas que ni de vista conoció jamás, sino más bien por su fruto, pues cuerdamente pensaba que si por su fruto se conoce al árbol, por su fruto debían ser tales cepas plantadas por el mismo Dios para compensación de las amarguras de la vida.

Adela que no entendía tantos requilorios al ver el noble afán que llevaba á su amante á la taberna y su asiduidad nunca desmentida, puso el grito en el cielo dando por perdido el fruto de sus amorosas ansias, de su constancia sin igual y para alivio de males por perdidos los veinte y pico al día de jornal, que no daban indicios de venir á parar á sus pecadoras manos.

Y poco amiga de andarse por las ramas ni de buscar oportunidad de ningún género, lo mismo fué verlo que espetársela.

—Mía Gapito que soy más clara que el agua (1) y tú lo que haces es entretenerme y hacerme perder otras proporciones.

—Tú diras qué proporciones son esas que te has perdido, Adela.

—Anda... ¿ahora salimos con esas? No paice sino que soy algún costal de paja que nadie me quiere. Pues has de saber arrastrao que no me hacen falta tus queeres que el de usía tendría si me pusiera á ello: sólo que tú estás pior ó has empinao algo esta noche.

—Mía, Adela, no me faltes...

—Quiá, hombre, si nadie te falta aunque te diga eso... pero me había parecido.

Y sin más acá ni más allá hubieran terminado estas pláticas si Adela indiscreta no saca á relucir no sé qué de «papeles» que indignó á Agapito que casualmente aquella noche había trasegado más que lo debido.

—¿Tas figurao que tropezaste con un panoli? Si eso de casarse es el yugo... es el yugo... que se ata al... al hombre y se desata á la mujer; ja... ja... Tié gracia.

Adela se quedó pasmada al escuchar la tabernaria máxima y herida en su corazón contestó á grito pelado:

—Anda por ahí, perdido, borracho, que más vale que te hubiá conocido en pólvora... Cállate, poca vergüenza, que te tambaleas.

(1) El sentido indica que no se refiere á la de Lozoya

En tal marimorena se enredaron y tanto y bueno se dijeron ausentes el pundonor y el olfato, que si las solícitas comadres no ponen remedio, se hubiera armado la de Dios es Cristo, según la expresión de Adela.

Si creiste, lector, que, aquí fué el fin de tan purísimos amores en grande quedarias chasqueado si hubieras visto cómo el domingo siguiente la amar-telada pareja olvidando en sus generosos pechos los extravíos del pasado y no acordándose más que de la felicidad presente, emprenden la caminata de las Ventas rebozando de amor sus tiernos corazones y fundando sus esperanzas en el sabroso porvenir que se vislumbra. ¡Con qué minuciosidad, la sencilla Adela, refiere á su amante las cuitas del taller! No parece sino que Agapito se va á dedicar en cuerpo y alma á la costura. ¡Cómo le abre su corazón Adela y le muestra la pasión que por él le consume! ¡Cómo se las valdrá Agapito para probar que no la quiere menos!

— ¡Cuándo llegará el día —le dice— que nos case-mos de una vez y seamos siquiera felices!

Arrullándose van enternecidos, destilan lo miel y dulcísimas mentiras y relamiéndose á su sabor cuando ¡Adios Madrid! Agapito empieza á propasar-se en manos y en palabras no sirviendo gran cosa la oportuna y discreta sentencia de Adela «La lengua que ande pero las manos quietas.» Agapito sin arredrarse sigue en en su discurso seductor hasta que con toda la torpeza de que es capaz le hace una pro-posición impura, á su virtud injuriosa que ajaba su honra y pisoteaba su pudor, proposición propia de ca-balleros como Agapito.

Adela, como león ultrajado, sacude sus rizos á falta de melenas, roja de ira se abalanza á su amante, se para de pronto, pónese en jarras y le dice con el más soberano de sus desprecios.

— Quiá, hombre, de emborracharme me emborra-charía con güeno.

LEONARDO LÁZARO.

## INTERMEDIO

Lío tabaco en papel; agarro  
lumbre, y lo enciendo; arde, y á medida  
que arde, muere; muere, y en seguida  
tiro la punta; bárrenla, y... al cario!

Un alma envuelve Dios en frágil barro,  
y la enciende en la lumbre de la vida;  
chupa el tiempo, y resulta en la partida  
un cadáver.— El hombre es un cigarro.

La ceniza que cae, es su ventura;  
el humo que se eleva, su esperanza;  
lo que arderá después. . . su loco anhelo.

Cigarro tras cigarro el tiempo apura;  
colilla tras colilla al hoyo lanza;  
pero el aroma... piérdese en el cielo!

PEDRO A. DE ALARCÓN.

SE HALLA DE VENTA EL TERCER NÚMERO

DE

# EL TEATRO UNIVERSAL

Consta de **ocho grandes páginas** de texto, hermosas ilustraciones y **diez y seis** páginas de folletín como **REGALO**, continuación de la famosa obra del in-mortal Calderón de la Barca, LA VIDA ES SUEÑO.

Se publica todos los **viernes**, y su precio es de

**15 céntimos** en toda España

Los pedidos á **D. Pedro Motilba**, Rambla del Centro, kiosco núm. 3. — Barcelona

SE HALLA DE VENTA EL DÉCIMOSEXTO CUADERNO

DE

# LA GUERRA DE CUBA

POR

**V. Suárez Casañ**

**BASES DE SUSCRICIÓN**

**Serie de 10 cuadernos. . . . 1'50 ptas.** ☞ **Serie de 20 cuadernos. . . . 3 ptas.**

A todo pedido ha de acompañar su importe, sin cuyo requisito no se servirá ninguna suscripción

Todos los pedidos á **D. Pedro Motilba**, Rambla del Centro, kiosco número 3. — BARCELONA

Imp. de Redondo y Xumetra, Tallers, 70.

HIJAS DE EVA



Tentación.

# LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO-ARTÍSTICO

Director:

V. SUAREZ CASAN

TODA LA CORRESPONDENCIA

A D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3. Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Semestre. . . . .	5 Ptas.
Un año. . . . .	8 »
Extranjero y Ultramar. . . . .	15 »

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.  
—Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—  
Pago adelantado.

## CORRESPONSAL EN BARCELONA

PARA LA VENTA

de

periódicos de Madrid y provincias

D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3.

- ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *El Liberal* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ *La Correspondencia de España* ◆ ◆
- ◆ ◆ ◆ *El Heraldo* ◆ ◆ *El Globo* ◆ ◆ ◆
- ◆ *El País* ◆ *El Enano* ◆ *La Granvía* ◆
- El Pelotari* ◆ ◆ ◆ *La Bandera Federal*
- ◆ ◆ ◆ ◆ *El Nuevo Mundo* ◆ ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *La Lidia* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆

Corresponsal exclusivo en Madrid para la venta de LA SAETA, D. Antonio Fernandez, Mayor, 2 y 4